

# Los abuelos también cantan

(El tema del nieto en la poesía puertorriqueña actual)

por LUIS MARTÍNEZ

El tema del hijo aflora en la poesía de todos los tiempos. No solamente las poetisas cantan a sus vástagos sino también los bardos. La maternidad es consustancial a la mujer. Está en la esencia misma de su vida. De manera que no nos extraña que se inspiren insistentemente en los frutos de su carne. Más singular es en el hombre. Al fin y a la postre, la paternidad no es más que un episodio en la existencia del varón. Por consiguiente, es más frecuente la presencia de los niños en la poesía femenina que en la masculina. Casi todas las escritoras —de un modo o de otro— tejen y destejen el nombre de sus hijos en sus poemas.

En la lírica española actual, una pléyade de mujeres brillantes se ha acercado amorosamente al tema. Angela Figuera Aymerich entona delicadas nanas a su nene en que vuelca todos los fervores de su corazón. Pero no se contenta con esto. Presiente que su muchacho llegará a hombre. Se casará. Y le escribe a la nuera futura un poemita lleno de resonancias secretas:

*El te dará con gozo todo cuanto le he dado:  
sangre, calor y besos... Sin ver mi desventura,  
se marchará contigo. La flor de mis entrañas  
será rica simiente de las entrañas tuyas...*

*Pero aquella dulzura de su carne primera,  
aquel azul intacto de su mirada pura  
cuando prendió a mi seno la rosa de sus labios,  
eso, que fue tan mío, no lo tendrás tú nunca.*<sup>1</sup>

Ernestina Champourcín, la gran poetisa vasca, se alza con su bello canto a la «Maternidad». Siente palpar el nombre de su retoño en «la oscura tentación de mis venas».<sup>2</sup> Concha Méndez —la viuda del poeta Manuel Altolaguirre— se inspira en su infantito muerto. El pequeño se le fue por el camino del misterio en un día de sol sin haber contemplado las estrellas. Y Dolores Medio, la fina escritora gallega, siente el anhelo de ser madre e hilvana nanas a un oso de peluche en espera del bebé que no llega.

Pero el hijo no cobra solamente presencia en la poesía femenina actual como hemos dicho. Nuestros bardos de hoy llevan también el nombre de sus vástagos en los labios y les tejen y destejen canciones. José Manrique de Lara, el lírico granadino, se inspira en su hijo antes de nacer. Para él, todavía es «cifra azul en clave».<sup>3</sup> Pero ya lo sabe suyo, fruto de su sangre y de su carne. El toledano Pedro Bargaño alude a su retoño futuro y le escribe una epístola poética. El abulense Hermenegildo Martín Borro aclara que «ningún hombre podrá sentir su plenitud colmada / mientras no siembre sangre o siembre un hombre / o siembre un gran amor. Y de este modo / ir con el hijo desde nuestra Nada / es andar hacia Dios con nuestro Todo».<sup>4</sup>

Los grandes poetas Leopoldo Panero, Miguel Hernández, José Luis Cano, Rafael Laffón y Antonio Murciano han dedicado versos estremecidos a sus vástagos. Panero le confiesa a su pequeño: «Voy contigo, hijo mío, por el camino lento / de este amor que me crece como mansa locura».<sup>5</sup> Hernández enhebró una emotiva nana a su pequeñuelo, en sus días de cautiverio, al recibir unas letras de su mujer en que le aclaraba que sólo comía pan y cebolla. José Luis Cano, entre otros, recoge su amor por su hija Teresa en un soneto tembloroso.

1. Sáinz de Robles, Federico Carlos, *Historia y antología de la poesía española*, Madrid, Ediciones Aguilar, 1964, pág. 1.733.

2. *Ibid.*, pág. 1.772.

3. *Ibid.*, pág. 2.217.

4. *Ibid.*, pág. 1.516.

5. *Ibid.*, pág. 1.834.

Pero no solamente estos bardos se acercan amorosamente a sus vástagos. Podríamos citar un elenco interminable de escritores españoles actuales que se inspiran en su prole. Baste recordar a Enrique de Mesa, a Rogelio Pérez Olivares, a Mariano Tomás, a Sánchez Camargo, a José Luis Hidalgo, a Rafael Montesinos, a Antonio Murciano, etc. La presencia del fruto de su corazón —vivo o muerto— les corre por la sangre y se traduce en versos.

Aunque en menor proporción los poetas hispanoamericanos rinden culto también al amor paternal. En las poetisas, el niño es una constante permanente en su lírica. Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni —por citar sólo las más conocidas— han rendido culto a la niñez, a sus hijos, a través de sus poemas. Alfonsina, la rebelde, en un antisoneto de su libro *Mascarilla y trébol*, confiesa: «Sombra en tu vientre apenas te estremece / y sientes ya que morirás un día / por aquel sin piedad que te deforma».<sup>6</sup> Pero nuestros hombres se han inspirado también en la paternidad. A partir de Martí, con su *Ismaelillo*, el tema pasó a Darío que le cantó a su pequeño *Phocas, el campesino* y llega hasta Pablo Neruda que entretejió estrofas inolvidables a su hijo soñado. Las publicó en su libro *Los versos del capitán*, en 1952, en Nápoles. Habla del vástago anhelado que no ha cobrado todavía carne en el mundo. El tema llega a la culminación, entre nosotros, con el poeta argentino Francisco Luis Bernárdez, con su libro *El ruiseñor*, donde inserta un puñado de «canciones paternas». Bernárdez reitera que en su vástago «hallo la fuerza que preciso / para vivir un poco más».<sup>7</sup>

En Puerto Rico, son dignos de mencionarse los versos de Ramón Zapata Acosta y de Francisco Negrón Mattei dedicados a sus hijos. Y, de manera especial, el poemario de Francisco Lluch Mora titulado *La voz ausente. (Réquiem al hijo muerto)*, de gran calidad lírica.

#### EL TEMA DEL NIETO

Aflora en España. José Moreno Villa, el bardo malagueño, nos considera nietos del Quijote. Pero tengo para mí que estamos más

6. Gómez Gil, Orlando, *Literatura Hispanoamericana: Antología crítica*, New York, Edit. Holt, Rinehart and Winston, Tomo II, pág. 256.

7. Florit y Jiménez, *La poesía hispanoamericana desde el Modernismo*, New York, Editorial Appleton-Century-Crofts, 1968, pág. 345.

cerca de Sancho que del Caballero de la Triste Figura. El propio poeta aclara que «el nieto del Quijote desertó de su vera. / Pretende desligarse de la eterna quimera / que alimentó las almas del padre y del abuelo. / Quiere labrar su tierra más que escalar el cielo / porque el cielo se escala con base firme y dura, / no con el andamiaje de nuestra calentura».<sup>8</sup>

Pero, tal vez —entre los líricos hispanos— quien ha enhebrado los versos más finos, en este sentido, es José María Souvirón, el conocido escritor malagueño, que dice: «Mi carne que comienza / a sufrir el invierno / renueva su esperanza / nacida en otro cuerpo». Y confiesa que, al llevar en sus brazos a su Danielillo, es «como si llevara / una canción en peso». Insiste en que ser abuelo es «una paternidad segunda / de maduro sosiego».<sup>9</sup>

Entre nosotros, los abuelos también cantan. Olga Ramírez de Arellano de Nolla ha escrito tres libros inspirados en sus nietos y Manuel Joglar Cacho uno titulado *Poema para que no se duerma un niño*.<sup>10</sup>

Joglar no tiene hijos. Pero ha criado y educado a varios niños como si fueran sus nietos. Entre ellos, dos pequeñas, hijas de su hermano, y Pedro Cacho Vega, un ahijado suyo, que vivió a su abrigo. Estudió odontología y se le fue hace dos años por los caminos de la muerte. De manera que alude en el poemario a niños reales, que están o han estado muy cerca de su corazón.

Se trata de una berceuse, pero al revés. No para dormir al infantito sino para despertarlo a las grandes verdades del mundo. Como Martí, en su *Ismaelillo*, le refiere al pequeño que se aparte de los «cardos» y las «ortigas» y se acerque a las «rosas». Los símbolos no pueden ser más evidentes. Utiliza, inclusive, una terminología análoga a la del Maestro.

La obra consta de veinticuatro cantos breves, de arte menor, escritos preferiblemente en heptasílabos y dos composiciones finales —la veinticinco y la veintiséis— en endecasílabos. El poemario —como dice su prologuista Luis Hernández Aquino— tiene una estructura sinfónica. Se nos antoja una sonata suave —como la música de un río callado— excepto los dos acordes finales que rematan la composición.

Al bardo le han dejado un niño a su cuidado. La madre ha

8. Sáinz de Robles, *opus cit.*, pág. 1.362.

9. *Ibid.*, pág. 1.754.

10. Joglar Cacho, Manuel, *Poema para que no se duerma un niño*, Manatí, Puerto Rico, Imprenta Cossant y Comp., 1971.

salido y el pequeño ha quedado en brazos del abuelo. Pero él no quiere que se duerma. Aprovecha la coyuntura para revelar algunos secretos de la vida. El infantito —de mirada dulce y pupilas de miel— le recuerda al Dios-Niño. Así debió ser Jesús «cuando nació bajo la estrella»<sup>11</sup> entre la mula y el buey. Así son todos los niños.

El símbolo del agua es un retornelo, no solamente en este poemario sino en casi toda la poesía de Joglar. El poeta la ve como un elemento purificador. Con ella nos lavamos las manchas externas y las internas. El pecado, al fin y a la postre, es una mácula del alma. Por eso le aclara al pequeñín que «el agua no cesa / de fluir y lavar / tu piel de nardo».<sup>12</sup> La propia palabra del abuelo es como linfa purificadora. Él, con su voz, alecciona al pequeño y lo depura.

También emplea el símbolo de la *abeja* para expresar satisfacción y júbilo. Cree que el niño podrá, con sus primeras voces, revelar su contento de vivir. Le aclara que «en ti nace el camino / que habrás de andar. Comienza / donde nacen tus ojos / y acaba donde mueras».<sup>13</sup> Reitera la idea martiana de que la vida es un camino que empieza con el nacimiento y no acaba sino con la muerte. Trata de preparar al niño para la difícil andadura.

Le cuenta la hermosa parábola de la rosa. Un día quiso —movido por una secreta curiosidad— saber qué era una flor. La abrió. La escudriñó. La deshojó. Y en ella no halló lo que buscaba. Sólo le quedó una espina de pena en la frente y un levisimo aroma en el alma. Así son los grandes misterios. Nos acercamos a ellos. Queremos desentrañarlos. Y sólo logramos deshacer la poesía de lo arcano. Pero no está a nuestro alcance revelarlos.

Le recuerda a su nietecito que debe vivir verticalmente. Joglar —como Martí— tiene una concepción ética del hombre. Le conmina a que sea guardia de sí mismo. Y le previene que «afuera se halla el fuego»<sup>14</sup> la guerra y la maldad de los hombres, la concupiscencia y el vicio oscuro y torpe. Le aclara: «Por ti esperan, por ti, para quitarte el alma.»<sup>15</sup>

Anhela enseñarle los términos sencillos que son como las abejas diminutas. Deberá aprender a decir «pan, fruto, pájaro, tierra, mar, cielo».<sup>16</sup> Pero, sobre todo, «patria». Al pronunciar la palabra,

11. Joglar, *opus cit.*, pág. 15.

12. *Ibid.*, pág. 17.

13. *Ibid.*, pág. 27.

14. *Ibid.*, pág. 35.

15. *Ibid.*, pág. 36.

16. *Ibid.*, pág. 40.

con amor, sentirá que el corazón se le esponja, que se le abren ventanas interiores y que entra, de lleno, a raudales, una racha de luz en su alma. También coincide con Martí en su fervor patriótico.

Le aclara que el mundo se estremece. La guerra lo sacude. Ve pasar, en caravana lenta, puñados y puñados de soldados con «el espanto asomado a los ojos».<sup>17</sup> Y, mientras tanto, ríos de sangre corren por las montañas y las madres se quedan sin tener un hijo que llevarse a los labios.

También le habla del viaje de los selenautas. Le confiesa que siempre soñó con la luna. La admiró como la lumbrera de la noche. Para él era «espejo, pozo de miel, oasis, / sobre el que florecía un jazminero».<sup>18</sup> Pero los científicos la han despojado de todos sus bellos atributos. Ya sabemos que no es más que «chamuscado pánal, / morada sin arcángeles. / Cielo deshabitado / que dejó de ser cielo».<sup>19</sup>

Le pide, en los poemas finales, que alce sus manos firmes como espadas y luce. Le ruega que arranque las «ortigas» y los «cardos» punzadores, símbolos del mal, y que se apriete contra la «rosa» que entraña siempre un ideal de belleza. Lo quiere limpio y puro como José Martí a su «Ismaelillo».

Lo insta a la brega. La existencia es acción. Como un nuevo cruzado, con puñales de luz, deberá matar las sombras. La vida es como un río desbocado. Y él debe correr y detener el aluvión: Salvar a su patria del mal y dejar que corran sobre ella las aguas purificadoras de la libertad, del amor, de la ilusión y la esperanza.

#### UNA ABUELA QUE CANTA

Olga Ramírez de Arellano de Nolla se enfrentó con el tema del nieto, por primera vez, en 1965, con su libro *Dos veces retoño*.<sup>20</sup> Se lo inspiró su nietecito Carlos José Conde Nolla a los seis meses de nacido. Explica la poetisa, con palabra cálida, la emoción de ser abuela. Confiesa: «Nunca has visto nada más tierno, ni más rosado,

17. *Ibid.*, pág. 49.

18. *Ibid.*, pág. 55.

19. *Ibid.*, pág. 56.

20. Ramírez de Arellano, Olga, *Dos veces retoño*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Juan Ponce de León, 1965.

ni más terriblemente tuyo, siendo de otra.»<sup>21</sup> Considera que el nieto «es hijo doblemente porque es hijo, no de tu amor de mujer, sino del fruto de ese amor».<sup>22</sup>

El breviario consta de dos partes. En la primera entona nanas amorosas para dormir al infantito. En la segunda lo contempla, con los ojitos vencidos por el sueño, y reflexiona en torno a su futuro.

Vislumbra en el niño un origen divino. Sabe que viene de Dios. «Te alzaron desde Dios / con tus ojos azules.»<sup>23</sup> Pero también tiene algo de ella. Está amasado con sus huesos y con su sangre. Le parece un querube con las alas plegadas. Se le antoja que toda la naturaleza canta para dormirlo. Canta el ave rosada, «violín del monte», cantan los lirios y las rosas y las aguas. Y hasta los ángeles, en los aires, entonan una secreta melodía.

Ella se siente tierra para acunarlo. Y lo arrulla con el mar de voces que lleva dentro. Le parece que al abrazar a su pequeño está apretando contra su corazón a todos los niños del mundo: «Eras todos los niños / del cielo y de la tierra / acunado en mis brazos.»<sup>24</sup>

Se percata, inmediatamente, que el infantito se ha dormido. Y le asaltan temores. Sabe que en él se aúnan las más inefables ternuras y los más oscuros instintos. Y anhela que pueda contener la fiera desbocada de sus pasiones. Sueña para el niño una tierra limpia y en paz. Sabe que la guerra ensangrienta a los hombres y al orbe. Y no quisiera verlo inmerso en una ola de sangre. Le teme a «este mundo agónico / de ciencia amenazante».<sup>25</sup> Está convencida de que crecerá. Pronto tendrá «músculos recios» y un «pecho viril». «El dolor de ser hombre —reitera con angustia— mondará tu piel pura.»<sup>26</sup>

El niño duerme. Y la abuela medita. Pero, en lo hondo, se repite a sí misma: «¡Qué armonía supuso para el mundo una palabra: ¡Niño! /El comienzo del hombre.»<sup>27</sup>

En el breviario señorean los versos de arte menor y las estrofas asonantadas. A veces, saltan y se encrespan algunos endecasílabos.

21. *Ibid.*, pág. 13.

22. *Ibid.*, pág. 14.

23. *Ibid.*, pág. 23.

24. *Ibid.*, pág. 40.

25. *Ibid.*, pág. 50.

26. *Ibid.*, pág. 57.

27. *Ibid.*, pág. 54.

Pero el pensamiento —hecho de espumas y de pétalos— se ciñe mejor al metro corto. El poemario tiene una gran fuerza sugestiva. Tal vez impresiona más por lo que calla que por lo que dice. Hay en él una secreta y callada ternura que no pueden recoger las palabras...

La poetisa vuelve sobre el tema, otra vez, en 1969, con su libro de cuentos titulado *Cundeamor*.<sup>28</sup> Según nos dice en carta fechada el diez de enero de 1973 se inspiró en su nietecita Olga Isabel Conde Nolla. «Ella es una niña alegre, dulce, amorosa, llena de la gracia de Dios»,<sup>29</sup> afirma la escritora. Pensó dedicárselo exclusivamente a su pequeñuela. Pero después rectificó. Creyó más atinado ofrecerlo a todos los niños de Puerto Rico. Y así lo hizo.

Lo tituló *Cundeamor*. No sólo porque menciona la planta de este nombre y explica poéticamente su origen, sino —por encima de todo— porque su obra tiene como fuente el amor, que es su hilo conductor. «Cunde el amor —aclara la poetisa— repercutiendo por las generaciones para volver a amanecer en cada niñez y a morir en cada ancianidad.»<sup>30</sup> El sentimiento es eterno. Y es la raíz de la vida, del progreso y de la felicidad humana.

#### LOS CUENTOS

El libro consta de diez narraciones generalmente breves. Siguiendo la línea del *Panchatantra* oriental y de los fabulistas griego y latino, Esopo y Fedro —los padres del género—, Olga elabora sus cuentos. A través de ellos trata de explicarse el origen de las cosas por el camino de la poesía. Para ella lo bello es lo verdadero. La anima una preocupación *poético-didáctica*, ya que las estampas están dirigidas a los niños y a los adolescentes que aman la belleza. Olga Ramírez de Arellano considera que la filosofía y la poesía son hermanas gemelas. Nacieron en la misma cuna. Y bien puede servir de puente la una a la otra. De aquí el contenido *poético-filosófico* de sus cuentos. Pero como les insufla todo el aliento de su corazón —nos da una visión subjetiva de la creación y del fundamento de las cosas— resultan verdaderas fábulas líricas.

28. Ramírez de Arellano, Olga, *Cundeamor*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Juan Ponce de León, 1969.

29. Carta manuscrita de Olga Ramírez de Arellano, fechada el diez de enero de 1973, dirigida al autor de este ensayo.

30. Olga Ramírez, *opus cit.*, pág. 11.

#### LAS TRES DIRECCIONES DE SU CUENTÍSTICA

Sus cuentos presentan tres vertientes distintas: Unos son auténticas fábulas. Intervienen animales: Hablan, meditan, sueñan, como en el *Calila e Dimna* y en las largas colecciones de Fedro, Esopo, Lafontaine, Samaniego, Iriarte, etc. Todos nos dan una lección moral. A veces un tanto escondida. Pero siempre accesible. Por ejemplo, «El pájaro que quería hablar con Dios», «El árbol de la violeta», «Los coquies», etc.

Otros tratan de presencias sobrenaturales: La Virgen, los ángeles. No solamente de raíz cristiana. También se inspira en la mitología griega como en «La Náyade». El misterio cobra vida en sus manos y maneja los personajes del Cielo y del Olimpo como criaturas vivas que anduvieran con sus pies en la tierra.

En otros intervienen seres humanos: Hombres y niños de carne y hueso que sueñan y padecen. En casi todos alienta un anhelo secreto de belleza, un ansia inefable de poesía. Ejemplo, «La cajita de música», «Crista», «El lecho», «He de ser un hombre», etc.

#### TEMÁTICA VARIADA

En sus cuentos aflora una preocupación *poético-filosófica*. Ya hemos dicho que la autora pretende explicarse el origen de la vida por la vía de la poesía. Todas las cosas tienen —en su imaginación— una génesis poética. El *Cundeamor* —pongamos por paradigma— nació de una cuenta del rosario de la Virgen que se le perdió por los caminos del cielo. Vino a dar a nosotros. Germinó en el secreto de la tierra. Y así se originó la hermosa fruta.

En «El ruiseñor» nos cuenta que un ángel había perdido la voz. Se sentía triste en el coro de los serafines. Lloró. El Señor lo llamó a su seno. Le mostró al pájaro parlero posado en una rama. «Es tu voz la que canta» le dijo. Y el ángel se sintió feliz. Así nació el ruiseñor.

En otros hace ostensible la necesidad que tiene el alma humana de la belleza. Es como una sed que no se sacia nunca. El espíritu clama por ella. En «La cajita de música», Rosita «llevaba una música escondida en el alma, una melodía que unas veces resultaba alegre, otras serena, algunas triste, pero siempre intensa como el palpito de una esencia misteriosa».<sup>31</sup> Nadie entendía su secreto. Un

31. *Ibid.*, pág. 25.

día se lo contó a un chiquillo enfermo que tocaba la flauta. Él la comprendió y le dijo: «Pon en palabras tu música interior. Escribe.» Y así nació la poetisa.

En «Crista» nos revela la autora la necesidad, casi física, que tiene esta niña —desmirriada y triste— de lo bello. En vez de comprar un mapa, que le habían encargado sus hermanos, adquiere un pájaro cantor. El padre la comprende: «Simboliza para ti la belleza —le dice—, por eso incumpliste el encargo de tus hermanitos.»<sup>32</sup>

En otros hace ostensible la necesidad que tiene el alma humana de elevarse sobre sí misma. Sobre sus propias limitaciones. Es un ansia escondida de superación, un deseo irrefrenable de ser mejor. Paradigma hermosísimo es el cuento titulado «El árbol de violetas». La diminuta flor —símbolo del ser anónimo— soñaba con tramontar los espacios. Tanto lo deseó que su voluntad —convertida en hada benéfica— la encumbró. Y la minúscula florecita se vio en la cima de un altozano sobre un árbol solitario. Pronto sus pétalos cubrieron las ramas de colores y aromas.

En algunas narraciones nos habla de la sed de Dios que tiene el hombre. La criatura viva necesita, a ratos, vincularse al misterio de la Divinidad. Es su Padre, su Creador. En «El pájaro que quería hablar con Dios» nos hace ostensible que todos llevamos a Dios dentro de nosotros mismos. Sólo tenemos que afinar el oído para oírlo. El pájaro del cuento es el símbolo del alma humana, encendida siempre por el aliento inefable del Señor.

En muy pocos nos pone de manifiesto la inconformidad del hombre con su propio destino. En «La Náyade», la ninfa se siente mal en su medio de aguas y de espumas. Pide al Señor —no al dios de las aguas: Neptuno o Poseidón o Nereo sino al cristiano— que la sitúe en un río rumoroso o en un arroyo cristalino. Dios le mostró la tierra ubérrima de Puerto Rico. Y la ninfa cruzó arroyos, atravesó manantiales. Y, por fin, se instaló en los cantarinos hon-tanares de Yuquiyú.

También nos descubre la poetisa la urgencia que tiene el hombre de explicarse los misterios del corazón humano como en la bella narración de «Los coquíes». El coquí —intrépido y soñador— después de observar a una familia por largas horas, llega a la conclusión de que el secreto de la felicidad estriba en el amor.

32. *Ibid.*, pág. 54.

Por último, pone de manifiesto el poder de una fuerte voluntad. Podemos, con perseverancia y con tesón, conformarnos a nosotros mismos espiritualmente y hasta modificar nuestras deformidades físicas. Una voluntad tozuda lo puede todo. La historia de «Pedrito el corino» es un ejemplo vivo de cómo podemos influir en nosotros mismos. Y mejorar nuestro cuerpo y nuestra alma.

#### SU PROSA

Olga Ramírez de Arellano es una poetisa que narra. Por tanto, su prosa está traspasada por un fino aliento poético que le pone alas. Su palabra es cantarina, blanda, rumorosa. Ella tiene un acendrado sentido de la eufonía. Por eso, cada cuento suyo deviene en una verdadera fábula lírica.

Su lenguaje presenta dos dimensiones: La musical y la plástica. Pero, sobre todo, la primera. Cada frase corresponde a una línea melódica. Obsérvese: «La Virgen la miró y sonrió. Parecía una palomita loca rebrillando en su descenso; parecía un grano de sal con alas; se asemejaba a una mariposa traslúcida que va gozosa en busca de frescas campiñas.»<sup>33</sup>

Tiene más sentido de la música que del color. Sin embargo, saltan imágenes plásticas de matices suaves: Verdes, dorados, blancos, azules. Véase: «Había reído con los peces voladores, acróbatas del aire y la luz, y había visto pasar el agua cascabelera por todas las playas rubias y grises de la tierra.»<sup>34</sup>

En casi todas sus narraciones está presente —como telón de fondo— la naturaleza olorosa y virgen de su Isla que «vista de lejos, se notaba su forma casi rectangular, sus colinas sinuosas, sus playas rútilas, adornadas de palmeras y gaviotas.»<sup>35</sup>

Siente la obsesión del agua y de la luz. A la primera la menciona reiteradamente. Nos habla del arroyo, el riachuelo, la quebrada, el río, el océano, el manantial, etc. En sus cuentos aparece la linfa en todas sus formas y estados. También la conquista la luminosidad. Sobre todo en sus tonos claros y diáfanos: Amaneceres rútilos, mediodías tibios y, algunas veces, los crepúsculos.

Su adjetivación es rica y profusa. Por regla general todos los

33. *Ibid.*, pág. 13.

34. *Ibid.*, pág. 39.

35. *Ibid.*, pág. 41.

nombres van custodiados por su adjetivo correspondiente. A veces, usa el epíteto. Bien en forma simple: «Negras mariposas». Bien en frase: «El amor, efluvio divino.» Tengo para mí que adjetiva movida, fundamentalmente —más que por un propósito conceptual— por un motivo eufónico. La poetisa le pone alas a su palabra. Y el adjetivo le remata la música de la frase.

No es una narradora objetiva y fría como nuestros cuentistas contemporáneos. Sus metáforas, sus prosopopeyas valientes, la gracia alada de su prosa, la acercan más a la novela poemática de Dulce María Loynaz (*Jardín*), de Pedro Prado (*Alsino*) que a Cortázar, a Vargas Llosa o a García Márquez.

#### OTRA VEZ CANTA LA ABUELA

Recientemente la poetisa volvió a inspirarse en su nietecito José Antonio Nolla Mayoral y dio a la luz su último poemario titulado *Amor que es como un rezo*.<sup>36</sup> El niño cuenta solamente dos años. Se asoma a la vida con los ojos ávidos y el corazón abierto. Olga inicia el breviario con una nana a su hija política Ana Inés Mayoral de Nolla. Le aclara que la maternidad es como «palpar el sol en las entrañas».<sup>37</sup> Cree que el hijo la llevará por «verdes prados». Toda criatura es una esperanza. No solamente para sus padres sino también para el mundo.

Ve al pequeño como un querubín, con «su piel de seda fresquita, / miel de jazmines».<sup>38</sup> Observa que sus ojos son profundos como los luceros. Se le antoja que el universo entero se ilumina con su gracia. Parece que con el niño nace otro mundo claro y limpio como amasado con alas y pétalos.

Lo identifica con los elementos más finos de la naturaleza: «Niño capullo, niño jilguero.»<sup>39</sup> Y, en última instancia, no solamente con la poesía de lo que nos rodea sino con el poema en sí mismo como creación. Cree que el alma se le desborda en «una trova que vuela».<sup>40</sup>

Lo insta para que contemple el roble. Le parece un gigante con los brazos abiertos, «con su piel de hojarasca / mano de flor».<sup>41</sup> El árbol resiste estoicamente los embates del viento y de la lluvia. Así sueña ella que sea su nietecito: Fuerte de espíritu y de cuerpo. Quiere también que oiga el canto de la lluvia y que se mire en el espejo del agua. No para contemplarse como Narciso sino para purificarse. Debe emular a las linfas y andar por la vida con el corazón puro.

Anhela que comparta con los animales, que se acerque al perro triste y lo ayude. Le dice temblorosa: «Dale de tu alegría / fresca y sencilla.»<sup>42</sup> Toda la naturaleza se alegrará con su gesto. Tal vez, sólo los hombres mirarán, con indiferencia, que sea amigo del can melancólico y flaco.

También lo impulsa a compartir con los caballos. Se empeña en que cabalgue como un jinete brioso, sobre su alazán. El potro es como la vida. Si de pequeño aprende a dominar su corcel, cuando sea mayor sabrá gobernarse a sí mismo, poner freno a todas las bestias desbocadas de sus instintos y pasiones.

Las flores son también, para ella, símbolos. Se las muestra a su nieto para que aprenda calladamente la lección que nos dicta la naturaleza. Los mirtos son «menuceles del aire».<sup>43</sup> La margarita, «una glauca gaviota / que va de viaje».<sup>44</sup> Ellos nos enseñan que en las cosas sencillas alienta también la poesía. Parece que nos predicen un mensaje de hermandad y de amor. Lo mismo sucede con el viento y las estrellas.

Para Olga —y se lo reitera a su nietecito—, el cosmos está lleno de armonías. Nosotros somos como los zafiros y los nomeolvides. Y debemos cantar como «las luces cantan / como la vida».<sup>45</sup> Ella escucha la música de las esferas como Fray Luis de León. E insta a su retoño que una su voz de pajarillo tierno al coro universal.

El poema consta de diecinueve nanas. Son composiciones breves, nerviosas, finas. Parecen chispazos de su propio espíritu. Emplea la seguidilla como estrofa básica. Combina versos heptasílabos y pentasílabos con rima asonante o consonante, según las circunstancias. Estos cantos de amor —arrulladores y tiernos— van

36. Ramírez de Arellano, Olga, *Amor que es como un rezo*, San Juan de Puerto Rico, impreso en Barcelona, España, 1972.

37. *Ibid.*, pág. 13.

38. *Ibid.*, pág. 47.

39. *Ibid.*, pág. 15.

40. *Ibid.*, pág. 15.

41. *Ibid.*, pág. 17.

42. *Ibid.*, pág. 27.

43. *Ibid.*, pág. 33.

44. *Ibid.*, pág. 33.

45. *Ibid.*, pág. 43.

más allá de las palabras. No solamente revelan un trasfondo inefable de ternura sino, salta en ellos, el limpio empeño de hacer del niño un hombre de bien para el futuro. Tienen, en medio de su gracia poética, un mensaje ético que, posiblemente, muchos lectores no vislumbrarán fácilmente.

Podemos repetir, pues, con fervor, que en nuestra poesía insular —de tan acendrados acentos líricos— los abuelos también cantan...